



DON CARLOS Y ESTELA.

CURIOSA RELACION, EN QUE SE REFIEREN los varios lances y sucesos amorosos de este noble Caballero, natural de la ciudad de Toledo.

PRIMERA PARTE.

Desde el principio del mundo hasta su término y cabo, la fama en sonoras voces dé noticia á todos quantos le habitan, el mas plausible y maravilloso caso que ha sucedido; y si atienden, referiré en breve rato la historia maravillosa que sucedió á dos hermanos de la ciudad de Toledo, jardin ameno y bizarro, donde espléndidas bellezas

abundan con mucho garvo; de las artes noble escuela, y de ingenios basto campo, taller de esforzados Martes, breve mapa de hombres sabios, que á los Monarcas de España sirvió de trono elevado: en esta ciudad famosa con nobleza se criaron dos Caballeros, el uno fue en todo siempre tirano, al qual llamaban Alfredo, y el menor era Don Carlos.

Alfredo siempre vestido
de la envidia, y ayudado
de la feroz ambicion,
vivía contra su hermano;
vestía mejores galas,
siempre á Cárlos ultrajando,
trayéndolo descompuesto
del ropage necesario.
Era Cárlos muy humilde,
atento y muy cortesano,
y despues de ser discreto,
era galan y bizarro,
muy valiente por la espada,
y de la plebe estimado.
Pero viendo que no puede
lograr de su hermano un quarto,
por ser dueño de la hacienda,
y de todo el mayorazgo,
para su pasar trataba
en cargas de contrabando.
Crióse en esta ciudad
una dama, hechizo, encanto
de los galanes discretos,
pues el pincel soberano
dibuxar quiso en su rostro
tal perfeccion, que postrado
á su feliz hermosura,
Cárlos quedó enamorado,
y al mirarla, le dió muestras
de su congoxa y cuidado,
y aun mismo tiempo empleó
el rapaz niño vendado
el mismo amor en la dama,
y apasionados quedaron;
Cárlos poniendo imposibles,
y á un mismo tiempo dudando
la dama, lo que en su pecho
llevaba encubierto Cárlos.
Dudaba el jóven la dicha,
y en breve palabra y mano

logró, porque dió á entender
por un papel su cuidado,
el qual fue bien recibido
de su dueño idolatrado.
Secretamente se hablaban
los dos con grande recato.
Era el nombre de la dama,
porque no se quede en blanco,
Estela, beldad hermosa,
y su padre era Ricardo
Federico, por sus prendas,
en la ciudad respetado,
poderosamente rico,
en sangre calificado,
de lo mejor de Toledo,
hombre muy adinerado:
por lo qual Cárlos se hallaba
neutral, y el no haber llegado
á pedir á Estela, era
por lo que dexo explicado.
Finalmente aquestos dos
amantes, de noche á ratos
gastaban el pasatiempo
de conversacion. Mas vamos
á que á Cárlos una noche
se le ha ofrecido un cuidado
de ir á esperar unas cargas,
que le venian por alto,
y acudir no pudo al puesto
que tenia acostumbrado
lo qual á la noble Estela
gran sentimiento ha causado.
Estuvo toda la noche,
por ver si viene, esperando:
y así que rompió á otro dia
la aurora en candores claros,
tomó papel, tinta y pluma,
tiernas perlas derramando,
hizo la cruz, y empezó,
de aquesta suerte notando:

Cómo, infame, fementido,
de este modo me has burlado
la palabra, no el honor,
que ese se halla puro y casto?
Mas qué digo! loca estoy,
perdona mi amado Cárlos,
que el grande amor que te tengo,
á hablar esto me ha obligado.
Toda la noche en mi rexa
la pasé de claro en claro,
metida en mil confusiones,
que viniéseis esperando;
no sé qual sea el motivo,
pues podias avisarlo.
Cerró el papel, y lo dió
á una criada, encargando
el secreto, y que lo lleve
á su querido Don Cárlos.
Tomólo, y llegó á la puerta
á tiempo que paseando
Alfredo, tomando el fresco
de las mañanas de mayo,
estaba, y le preguntó,
qué buscaba? Y decontado
respondió: á Don Cárlos busco.
Y entonces ha importunado:
qué le queria? Y replica
poco advertida: aquí traigo
un papel que es de importancia,
para darlo á vuestro hermano.
No hubo dicho estas razones
la que llevaba en la mano
el papel, quando al proviso
lo quitó Alfredo, y entrando
adentro, cerró la puerta,
y en la calle la ha dexado.
Ella se hizo este concepto
entre sí misma, y es claro:
á bien que su hermano es,
y se lo dará á Don Cárlos.

Fue y dió cuenta á su señora
de todo lo que ha pasado,
y se hizo el mismo concepto,
sin motivarle el cuidado.
Abriendo el papel Alfredo,
leyó á su conducto salvo,
y envidioso de esta dicha,
quiso quitarla á su hermano.
Llegó la tarde, y salió
á la plaza, donde hallando
á Ricardo Federico,
con acentos mal formados
á su hija le pidió,
la que en breve le ha otorgado,
por interés de la hacienda,
no porque era de su agrado.
Fue Ricardo, y á su hija
llamó, y á solas le ha dado
parte de su casamiento,
y tambien le ha aconsejado
que le conviene, pues es
hombre de gran mayorazgo.
Estela que ya sabia
de Alfredo todos los tratos
por su hermano, le responde:
padre mio, no me hallo
con designio de casarme
ahora, á bien que el estado
que deparado me tiene
Dios, para mí está guardado.
El padre dixo: es preciso
que se cumpla este tratado,
y esto sin réplica sea,
que mi palabra he empeñado,
y los hombres de mis prendas,
no deshacen lo tratado.
Dióle el callar por respuesta,
y se retiró á su quarto,
hechos sus ojos dos fuentes,
amargamente llorando,

y deseando que cubra
el sol sus brillantes rayos,
para que la obscura noche
tienda su lóbrego manto,
por darle cuenta de todo
á su queridõ Don Carlos.
Cumpliéronse los deseos
de Estela: vino su amado;
mas ver de los dos amantes
las finezas, los halagos,
que dulcemente se hacian,
no es posible ponderarlo.
El sentimiento de Estela,
su pena, dolor y llanto,
no daba lugar al pecho,
servíale de embarazo
para formar los acentos,
y noticiar lo pasado.
Carlos con dulces ternezas
á su amada consolando
estaba, quando le dixo:
luz en quien tanto idolatro,
ya sé muy bien, Carlos mio,
de que ignorante del caso
te hallas: pues sabe ahora,
como esta tarde tu hermano
me ha pedido por esposa,
y aquesto se ha originado
de un papel que te envié,
y se lo arrancó tu hermano
de la mano á mi criada;
pues por haberte tardado,
no sosegaba mi pecho,
en incendios abrasado,
celos que Cupido ofrece,
que así el amor lo ha ordenado:
pues te escribí quatro letras,
que te tardases culpando,
creyendo si con alguna
estarias ocupado;

y así tu hermano envidioso
á pedirme se ha arrestado.
Absorto quedó Don Carlos,
gran sentimiento mostrando,
y diciendo de esta suerte:
te aseguro, vil hermano,
que por no verter mi sangre,
no te doy la muerte airado;
el cielo te dará el premio,
pues serás de él castigado
por tu ambicion y tu envidia,
que es causa de tantos daños.
Mas yo, Estela, en quien adoro,
me retiraré á esos campos,
y en las tristes soledades
allí lloraré mi agravio,
ó me entregaré á las fieras,
á ser de sus vientres pasto,
que mas estimo el morir
que vivir siempre penando.
O prodigio de belleza!
cielo en quien se han recreado
hasta hoy mis tristes ojos;
mas ya raudales manando
serán por tí, que por gusto
tengo de morir, si otros brazos
han de merecer los tuyos;
rayo seré desatado,
seré cometa soberbio,
trueno seré disparado.
A Dios, Estela querida,
de la hermosura milagros:
á Dios, dueño en quien adoro,
no es posible yo olvidaros,
imán de mis tres potencias,
causa de todo mi llanto.
Y en otra segunda parte,
Manuel Martin, rematado
dexará al noble auditorio
este tan rodado caso.



DON CARLOS Y ESTELA.

CURIOSA RELACION, EN QUE SE REFIEREN
 los varios lances y sucesos amorosos de este noble
 Caballero; y el dichoso fin que tuvieron.

SEGUNDA PARTE.

Puesto que en la primer parte
 al dar fin á este suceso
 me prometí á mi auditorio,
 comenzar con los acentos
 de mi mal templada lira;
 digo, que Estela viendo
 su amante congoxoso,
 apaco el rostro, y severo
 semblante, y que el color
 se le perdió en un momento,
 con ternisimos sollozos,
 suspiros arroja al viento,
 cerramando perlas finas

de sus dos claros luceros,
 decia: querido Cárlos,
 mi señor y amado dueño,
 no tomes mas pesadumbre,
 ten paciencia, que los cielos
 permitirán de que seas
 mi esposo; y así mi anhelo
 está todo en ti, pues hoy
 otra cosa no contemplo.
 Despidióse luego Cárlos
 de Estela, y con sentimiento
 quedó la afligida dama,
 su triste pena sintiendo.

Pasáronse algunos dias,
que sin hablarse vivieron;
y sin perder un instante,
Alfredo siguió su empeño.
Conformáronse las partes,
se contrató el casamiento;
por cuñado entró en su casa,
y como esposo iba Alfredo.
Cárlos miraba de Estela
el rostro apacible y bello;
y al verlo, se deshacia
en llanto, y con un pañuelo
cuidaba encubrir su rostro
que limpia el sudor fingiendo.
Estela viendo sus ansias,
y aquel modo tan discreto
con que lo disimulaba,
sus ojos dos mares hechos,
se entraba en lo mas obscuro,
y en un retrete funesto
solamente con llorar
recibia algun consuelo.
Viendo Cárlos que llegaba
el plazo, la hora y tiempo,
que Estela tomase estado,
dixo: no hay aquí remedio,
sino dexar la ciudad
y ausentarme de Toledo;
esto es lo mas importante,
porque no es posible, cielos,
que contenerme yo pueda,
viendo á mis ojos aquesto.
Dar á un hermano la muerte,
no es de hombre sagaz y cuerdo,
ni esto cabe en lo posible:
pues para qué me detengo
con tanto afan á la vista?
la ausencia es solo el remedio
á mi mal, que nada logro
con matar al que es mi opuesto;

qué se dixera de mí
si executára este intento?
Despedirme de mi amada
quiero, y no sé cómo hacerlo:
porque si á entenderlo llega,
hará extraños desaciertos,
será doblada su pena,
pero en fin, no hay otro medio.
A solas en su retrete
se despidieron con tiernos
cariños los dos amantes,
dos voluntades uniendo,
pues en dos cuerpos un alma
quedó impresa; y en efecto
se apartó Cárlos, quedando
neutral de aqueste suceso,
sintiendo notablemente
de su cariñoso dueño
la larga ausencia. Y Estela
con el grande sentimiento
cayó mala, sin tener
en su dolencia remedio.
Llegaba su anciano padre
á consolarla, no habiendo
cosa por donde tomase
alegre divertimento.
Con agrado el envidioso
se llegaba al blando lecho,
siendo para Estela hermosa
mas penas y mas tormentos.
E instigado de la envidia,
decia que lo mas bueno
era desposar á Estela,
y de términos tan necios
haciéndose poco caso,
se le daba tiempo al tiempo.
Sucedió pues una noche,
que á casa de Estela yendo,
vió un muy compendioso garvo,
de brio y donayre, y luego

se le transformó en Narcisa,
dama suya en algun tiempo,
donde con muchas caricias
la siguió, hasta que á un templo
llegaron, y en él se entra
la dama, y tras ella Alfredo,
donde vido (asombro horrible!)
una estátua (caso horrendo)
de la temerosa muerte,
muchas visiones haciendo.
Cayó sin poder valerse,
dió con su cuerpo en el suelo,
que en esto acaba la envidia,
y este fue el condigno premio
del castigado envidioso,
que por envidia fue muerto.
Esta mortal apariencia
desapareciendo luego,
el Sacristan, descuidado
á dar la vuelta viniendo,
vió aquel cadáver en tierras:
admiróse del suceso,
por ver las puertas cerradas;
en fin dió cuenta al convento.
Vino la Comunidad,
y le hallaron un letrado,
que decia de esta suerte:
tomad dechado y exemplo,
que á este hombre por ambicioso
sucedió lo que estais viendo.
Divulgóse en la ciudad,
súpolo Estela, y el cielo
parece que dió salud
á este dichoso portento:
pues al proviso, aunque débil,
se levantó de su lecho,
aunque triste y congoxosa,
pues por faltarle el espejo
de su idolatrado amante,
le afligen estos deseos.

Despues que se apartó Carlos,
que llevó á Estela en el pecho,
habia sentado plaza,
y Capitan se vió luego:
entró en diversas batallas,
se halló en diversos encuentros,
siendo en todos quantos tuvo,
muy señalado su esfuerzo;
y por su disposicion
obtuvo el cargo y empleo
de Capitan General,
ganándolo cuerpo á cuerpo
contra enemigos crueles.
Tuvo de su Rey acuerdo,
que como gobernador
de sus exercitos regios,
á favorecer saliese
una plaza, que soberbio
la amenazaba con furia
el contrario con su asedio.
Siendo preciso el pasar
por la ciudad de Toledo,
entró con gran bizzarria,
y en casa de un caballero
tomó por algunos dias
para descansar asiento.
No sabiendo que su hermano
era en esta ocasion muerto,
quiso ocultar sus honores,
y en el estimado precio
en que Don Carlos se via,
por no padecer de nuevo,
que ver á Estela en los brazos
de su hermano, era tormento:
sin ostentacion estaba,
siempre afligido su pecho,
del amor amartelado,
mas reprimiendo discreto
afectos que siempre empañan
pundonorosos respetos,

y nunca es justo exponerse
á tan arriesgado empeño.
Y paseándose un día
oculto, porque á saberlo
no llegase Estela noble,
pues tenia por muy cierto,
que doblaria su pena,
y se expondria á mas riesgos;
no faltó quien diese á Estela
noticias de todo esto,
como Cárlos en su patria
estaba, mas no sabiendo
de que su hermano era muerto,
y paseaba, entendiendo
que estaria desposada
su amada prenda. Mas luego
que tuvo aquestas noticias,
ha llamado de secreto
á una criada, á quien dió
cuenta de ello por extenso,
y luego dixo á su padre:
de un moderado paseo,
padre y señor, necesito,
con vuestra licencia, y puedo
dar alivio á mis congoxas,
que así me afligen el pecho.
No es posible que yo niegue
(respondió el anciano viejo)
vuestro gusto, hija querida;
llamad los criados luego,
decid que pongan el coche,
id donde tengais deseo.
No mi padre y mi señor,
que á pie solicito y quiero
pasear por la ciudad,
que yo y mi criada hemos
de ir solas, que ese es mi gusto.
Pues vé, yo no te detengo.
Vistieron joyas y galas,
y no faltaron dineros:

VALENCIA: *Imprenta de Laborda, en la Bolsería, núm.*

paseando poco á poco
en busca de Cárlos fueron,
á tiempo que divertido
venia con desconsuelo.
Viólo Estela hermosa entonces,
y cobrando algun esfuerzo,
con ternezas amorosas
se saludaron contentos
los dos queridos amantes,
y por no dar nota al pueblo,
hablando secretamente
un grande rato estuvieron,
y entre alhagos y caricias
ella dió cuenta á su dueño,
como su hermano murió.
Y tal noticia sabiendo,
quedó suspenso Don Cárlos,
pues veía el cielo abierto
para ser su amada esposa,
y le dixo: hermosa Venus,
prenda querida del alma,
cielo hermosísimo y bello,
aquesta noche á tu padre
llegaré con el respeto
debido á vuestras personas,
pidiéndote en casamiento.
Fue y descubrióse Don Cárlos
á su padre, y conviniendo,
se celebraron las bodas
con aplausos y festejos,
donde desposados ya
Cárlos y Estela, tuvieron
por amor, contentos, dichas,
gloria y placer sin desvelo,
quietud, caricias, regalos,
felices dulzuras, siendo
libres de tanta afliccion,
cumplió Cárlos sus deseos,
y Estela vivió contenta,
gozando su amor primero.

FIN.
18.